



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento | Poesía | Fotografía



ANIVERSARIO

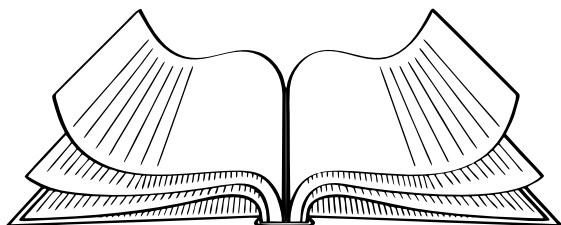
EJEMPLAR GRATUITO
DICIEMBRE 2020 / ENERO 2021



No. 29



Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 29

QUINTO ANIVERSARIO

www.porescrito.org

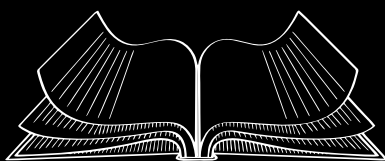




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Hay cruces de madera Mateo Mansilla Moya	9
Sonríeme con la mirada Juan Carlos Padilla Monroy	10
Tugurio Javier Fuentes Vargas	11
Vidrio Yamil Narchi Sadek	12
Toque de queda Mateo Mansilla-Moya	13

FIRMAS

Me tocó mi turno María Elena Sarmiento	14
El nahual Virgina Meade	16
Piel de Judas Andrea Fischer	24
Lloraderas Cecilia Durán Mena	28
Lobo Cecilia Durán Mena	36

IMAGINARIO39

VOCES

El descanso	
Juan Bárcenas	45
La sogá, el perro y el Antón	
Fátima Chong	46
Nonagésima tercera	
Elia Angélica Saavedra Sánchez	49
Bye	
Francisco Duarte Cué	50
DOC	
Iván Gutiérrez	52
El espejo	
Ramón Carmona Barrios	54
Juan Antonio Díaz Becerra nos sorprende de nuevo	
María Elena Sarmiento	57



ANIVERSARIO



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Hablando por escrito

Hace cinco años, en una tarde fría, rodeados de gente cálida y con gran ilusión presentamos el número cero de Pretextos literarios por escrito. El ambiente era festivo, se daba a luz una revista de corte literario y el atrevimiento daba motivos suficientes para estar felices. Sin embargo, como cada que inicia un proyecto, la incertidumbre nos llevaba a preguntarnos qué tan lejos podríamos llegar. Imagino que aquella tarde en medio de los parabienes y los aplausos, quedaba como telón de fondo la duda de cuántos números se lograrían editar. Temblábamos con emoción y con nervios. Y, como quien da un parpadeo ya cumplimos nuestro primer lustro.

En cinco años caben muchas anécdotas, han desfilado muchos narradores, nos hemos nutrido con tantos puntos de vista y ha habido tantos recuerdos magníficos: fuimos invitados a participar en la Feria del Libro del Zócalo, hemos transmitido desde la Feria del Libro del Palacio de Minería, convocamos conversatorios en el Museo de Memoria y Tolerancia, hemos organizado concursos internacionales de poesía y narrativa, hemos publicado a autores nacionales y de rincones diversos del mundo, nos hemos afanado con el único fin de atrapar lectores para nunca dejarlos ir.

La revista impresa a viajado, llegó a Sudáfrica gracias a una colaboración con la Embajada y se repartió en todas las representaciones consulares en las que se habla español, está catalogada en las bibliotecas de universidades de Ivy League; la versión digital se lee en muchas esquinas de este mundo redondo.

Puedo decir con la pluma llena de humildad que nos sentimos orgullosos de este logro. Se han publicado tantos trabajos que son entrañables, anécdotas dolorosas, textos con gran sentido de humor que son reflejo de la disciplina y el rigor de quienes nos han confiado sus participaciones.

El privilegio de seguir sirviendo de eslabón entre autores y lectores ha rendido frutos. Muchos escritos abandonaron la oscuridad del cajón y debutaron al ser publicados. Tantas fotografías, ilustraciones, poemas, cuentos que se hemos recibido en la Mesa de Edición de Pretextos literarios por escrito hablan de lo mucho que se ha alimentado este proyecto con creatividad, ingenio, dedicación y cariño. Este proyecto que cumple cinco años de vida sigue entusiasmado a propios y extraños.

Y, de repente se encendió una chispa que nos llevó a brincar y convertirnos en un proyecto transmedial. Editamos ejemplares impresos, digitales, tenemos una versión radiofónica que ahora también se transmite con imágenes en redes sociales. Lo más maravilloso de este proyecto es que el trabajo es ad honorem y los ejemplares son gratuitos. Desde la silla de editora general, no me queda más que dar las gracias por tantas manos de artistas gráficos, escritores, fotógrafos, cuartos de guerra, productores, locutores, impresores, diseñadores que han puesto alma y espíritu para que sigamos cumpliendo nuestra misión.

Continuamos fieles al anhelo y queremos cumplir más años. Pretextos literarios por escrito sigue dando frutos y queremos que así siga. Parecía una locura tener una revista como ésta en un país que no tiene muchos lectores, parece un sinsentido continuar en un ambiente de incertidumbre en el que hay más preguntas que respuestas. Sin embargo, estamos convencidos de que, si el mundo trae el pulso

débil, nosotros ponemos nuestro granito de sal para quitarle lo insípido a tanto sinsabor, al menos por un momento. Al menos, mientras nuestros lectores recorren las páginas de esta revista, encontrarán un motivo para mirar al frente, para ver correspondencia en lo que albergan nuestros corazones, entendimiento. Al fin y al cabo, de eso se trata la lectura: de buscar comprender el mensaje que alguien preparó para nosotros. Así abrevamos ese vigor que nos mantiene activos y nos impulsa a querer muchos años más.

El atrevimiento nos sigue dando motivos para estar felices. Por eso, suscribimos nuestro compromiso, es nuestra intención seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Con ustedes nuestro ejemplar de quinto aniversario.



Paúl Núñez

Hay cruces de madera

Mateo Mansilla Moya

Hay cruces de madera
 ante las que nadie se postra.
 Son chicas, chiquitas, chiquititas
 y se apilan
 sin orden
 sobre un cubo de concreto
 para que el río
 no haga con ellas
 lo mismo que con los nombres
 que susurra la corriente.

Hay cruces de madera
 a las que nadie visita
 y que nadie numera
 porque sus historias
 no habitan
 el territorio de las cifras.

Hay cruces de madera
 que guardan al universo:
 las hincha la sal
 del aire del Golfo
 y están apiladas
 sobre una base de concreto
 a la orilla del río
 que lo sabe todo.



Paúl Núñez

Sonríeme con la mirada

Juan Carlos Padilla Monroy

Mírame,
pero mírame con tu sonrisa,
y revélame todo aquello
que tu corazón siente
pero tus labios callan.

Sonríeme,
pero sonríeme con tu mirada,
y contágame de alegría
besando con tus ojos mi alma
como yo mi piel con tus caricias.

Coquetéame,
pero coquetéame con esas muecas
y muéstrame esa malicia
entregándome con tus gestos
la llave para descubrir tus intenciones.

Sedúceme,
pero sedúceme con tu danza,
y deléitame con esos movimientos
guiándome con tus caderas
al apasionado ritmo de tu esencia.

Olvida,
por favor olvida este atrevimiento
que apenas expresa lo que siente,
mas no me niegues el presente
de mirarte,
sonreírte,
coquetearte
y seducirte
con estas palabras prohibidas.

Tugurio

Javier Fuentes Vargas

I.

La cucaracha es una estrella buscando regresar al cielo

II.

Dos gotas resbalan la barba:

Nada puede hacerse por la sed, nada que no sea nuestra saliva.

III.

El labio hiere al cristal.

Le deja dos besos de la misma noche y olvida volver a casa.

Toda puerta puede ser un inicio, todo sueño una espera.

IV.

La luz del sol es una alarma incesante,

un grito que ahoga la miseria.

V.

Soy un hombre que alza sus manos para sostener la ausencia.

No importa de dónde los ojos, sino hacia qué la vista.

No me veas:

hay una palabra que no puedo dibujarte si mis labios han besado la noche.

VI.

El camino de regreso:

Dos pies juntos esperando el acantilado.

Vidrio

Yamil Narchi Sadek

Porque eran una alta
galería de espejos,
una casa de la risa,
reversible como un suéter,
el cielo y la tierra no eran
sino temas de arte
para las ventanas.

Pero un día
arrojaron algo al agua
y en vez de rebotar
y crear círculos concéntricos,
rompió la tensión superficial:

en los cristales
de las Torres Gemelas
se multiplicó el grito
como en un caleidoscopio,
el fuego
como en un bosque frágil
que se hizo trizas
en los trozos de cielo,
de piel,
de espanto.

Terminó la hoguera
en diamantes
que volvían a ser carbón.

Toque de queda¹

Mateo Mansilla-Moya

En aquél entonces
la noche sonaba al motor V8
de un viejo Mustang
azul cromado
con placas de Texas.

El zumbido que empezaba
en un extremo de la calle
hacía vibrar los mosquiteros en las ventanas
y levantaba la tierra que el paso de los carros
había amontonado a los costados de la vía.

Cuando el brillo azulado del Mustang
pasaba como fantasma por la ventana
rascando el viento
apagábamos las luces
y esperábamos a que se perdiera
al otro extremo de la calle
donde el pavimento cedía a la terracería
y se levantaban las lápidas
del antiguo cementerio comunal.

Entonces nos asomábamos
por el borde de las cortinas
y descubríamos a la oscuridad del cielo
descender en el polvo
hasta asentarse
de nuevo
en el pavimento.
Era hora de dormir



Eduardo Caballero

¹ El toque de queda lo anunciaba un grupo de narcotraficantes con carros que daban arrancones por cada calle de cada fraccionamiento de Reynosa. En ese momento, las luces de cada predio se tenían que apagar y no era nada seguro salir. Si no se respetaba eso, los carros se detenían y los hombres que lo abordaban, tableaban al infractor las nalgas hasta reventarlas con una madera que parecía remo.

Me tocó mi turno

María Elena Sarmiento

Todos los años escribo calaveritas, pero éste va a ser la excepción. La muerte ha tocado tan de lleno en mi mundo que me cuesta trabajo conservar el humor de siempre. En las cifras oficiales hay varios nombres queridos y lo peor de este momento es la incertidumbre. Desde todos los puntos de vista. En lo económico, no sabe uno qué va a suceder mañana. Mucha gente se ha quedado sin empleo. En lo político, los odios de unos a otros son extenuantes y los habitantes seguimos perdiendo en cada embate. Es terrible.

En cuanto a la salud, tampoco hay nada cierto. Todavía no hay medicinas probadas contra el dichoso virus horrible y por fortuna, no me había enfermado desde marzo a la fecha, pero ayer tuve mi primera cita con la psiquiatra. Fui porque no me salvé de la moda actual y caí en una depresión. Por fortuna la mía es leve. Descubrí, con mucho gusto, que el consultorio de la doctora está a la vuelta de mi casa, por lo que decidí hacer la consulta presencial. Creo que esas cosas surten mejor efecto así y ya estoy hasta la coronilla de estar encerrada. ¿Qué daño me va a hacer si voy a caminar una cuadra con cubrebocas y luego entrar a ver a una doctora y sentarme a más de metro y medio de distancia?

A las 8 de la mañana toqué a su timbre muy nerviosa y esperé un poco. Tuve mi primera sesión y me recetó unos medicamentos. A partir de ese día, empecé con gripa, aunque de la tristeza, me siento mucho mejor. Sin embargo, cada vez que estornudo me entra el pánico. ¿Será que me contagié de Coronavirus 19? Me tomo la temperatura, me mido el nivel de oxígeno y, pese a que los números son optimistas, encontré esto escrito de mi puño y letra:

La catrina engolosinada
acecha a escritora encerrada
se lo impiden gel, cubrebocas
más que escudo, capa y espada

—No hay prisa —se sienta la parca—
aquí me espero a algún descuido.

Voy caminando a la psiquiatra.
Y que me pesca en el camino.

–¿Sólo es una gripe? –ah, ingenua.

–Por excederte en la limpieza.

–¿Quién va a la primer consulta
apestosa de pies a cabeza?

La huesuda me lleva mientras leo estas líneas.

–Letras eres y en letras te convertirás

Pero si esto ni rima ni sale de ninguna parte, ¿no era polvo?



Paúl Núñez

El nahual

Virgina Meade

Llegamos a las puertas azules de la casa de mi abuelita y discutimos porque todos queremos golpear la puerta con el aldabón. Es la cara un león enojado. El escándalo lo detenemos cuando oímos su vocecita:

—¡Ya los oí!, ¡ya casi llego!

Ella nos abre la puerta, cada uno le damos un beso y entramos como torbellino al patio oscuro de techo alto. Saltamos una por una las piedras grises y desiguales del piso que llegan hasta la entrada principal, donde mis tías y nuestro primo nos reciben. Él es un poco mayor que nosotros y se comporta como un tirano, pero como somos mayoría, tiene que escoger entre disgustarse o unirse. No es tonto, sólo un poco.

La tarde transcurre como siempre: la comida, un poco de plática y al final le piden a mi mamá que toque el piano. En ese momento, mi hermana murmura:

—Mi abuelita salió de la casa y se puso su rebozo palomino.

Mi primo mayor pone cara de “yo sé qué va a pasar y ustedes no”. Esperamos. Estamos educados para oír, ver, callar y obedecer. Mi hermana decide buscarla; se encamina a la entrada y la encuentra sentadita en los escalones. Se colocó un paño blanco sobre una rodilla y al lado tiene una olla llena de masa. Está estirando los buñuelos que luego alguna de mis tías freirá y nevará. Otra de ellas está preparando la miel de guayaba, canela y flor de azahar.

La tarde cae y la luz del día se esconde tras las contrapuestas de la ventana mientras jugamos al coyote y a los palitos chinos. Cuando ya casi no se ve, alguien enciende la luz que es tan mustia que nos da murria. Es cuando mi abuelita anuncia:

—Me mandan a los niños en media hora.

Nuestro malhumor se va como por arte de magia. ¡Ya sabemos lo que va a pasar!

Alborotados, exigimos nuestros abrigos, buscamos gorros y guantes, pero nos dicen que aun debemos esperar. Jugamos sin ganas a la oca y no importa qué tiro sale en los dados. Ya queremos salir.

La media hora nos parece una eternidad. De repente, mi mamá dice:

—Abrigos, gorros y guantes.

¡Al fin! Nos lleva despacio, casi no se ve el camino; la luz de

la luna apenas ilumina las macetas vidriadas. Se me agita el corazón pues vamos a pasar junto a mi pileta; está hecha de cemento pintado de rojo y es muy alta. Para alcanzarla, hay que subir unos escalones. Está protegida con una tapa de madera gruesa que cuesta mucho trabajo mover, se necesitan los brazos de una mujer para empujarla. Sus orillas son anchas y redondeadas; no importa el día del año, el agua siempre está fría. En los días de calor, un jicarazo de agua que nos arrojan es como la gloria. Está prohibido asomarse, ni siquiera nos dejan acercar, porque sería muy triste que nos pasara lo mismo que a la niña Toñita. Ella lavaba la ropa cada lunes. Esa mañana, casi terminaba de tallar las sabanas, la pileta estaba medio llena, así que se inclinaba cada vez más para sacar el agua; ésta se deslizaba por su brazo, mojando su delantal de algodón hasta los pies y el suelo. Se puso de puntas y uno de sus zapatos patinó. Como no era muy alta, su mano no alcanzó la orilla de la pileta y toda completa cayó adentro. Se ahogó.

—¡Qué terrible historia!— coreamos mis hermanos, mi primo y yo, cuando mi abuelita muy seria nos explicó porqué no debíamos ir a la pileta.

Sin embargo la tentación era mucha. Una mañana que mi mamá y yo estábamos solas en la casa le rogué que me dejara asomar. Me acerqué al cemento rojo y mis manos apenas tocaron su orilla. Con fastidio, ella me levantó pasando su brazo por mi cintura y con la otra mano sujetó el cuello del vestido. Su brazo se clavó en mi estómago, yo estaba contenta. Empecé a ver la luz del sol caminando por el agua y me incliné más. El roce del vestido hizo que mi garganta se apretara y no pudiera respirar bien. Lo primero que sentí, fue el frío en la cara como un manazo y cerré los ojos. El olor del agua fresca me provocó tos que pasó a ser risa al ver el reflejo de mi cabello colgando; también distinguí la cabeza de mamá. Parecía un animal: su expresión era rara, tenía las cejas muy juntas, su nariz y boca estaban tan cercanas que se veía fea. El fondo de la pileta estaba muy lejano y de una negrura que me mareó. Estiré el brazo para tocarla, quería meterme, mi mamá con rapidez me bajó. Me sonrió y preguntó si lo que había visto era lo que yo esperaba. También sonreí, me tranquilicé al ver que su cara era la de siempre. Le dije que había sido lo que esperaba y más. No le dije que su imagen me había inquietado.

Ya llegamos al fondo de la casa donde mi abuelita preparó una fogata. Ella está parada, esperándonos. Alrededor del fuego hay unas piedras grandes y el tronco de un árbol caído donde podemos sentarnos. Mi

mamá nos suelta las manos y se sienta. Llegan mis tías llevando platos con buñuelos bañados en la miel y jarros con champurrado. Mi abuelita está callada, se afana en lograr un fuego agradable que no nos queme la cara. Con una rama mueve pedazos de carbón, tronquitos y hojas. Se sienta y su silla cruje de placer. Nos llenamos la boca de buñuelo y hasta la nariz se nos impregna de dulce. Cuando mi mamá y mis tías terminan, nos dejan solos con mi abuelita porque decidimos esperar el amanecer.

Mientras comemos, ella nos impide hablar: el que come y canta, loco se levanta. El perfume del huele de noche pica la nariz; en cambio, el ruidito que hacen los insectos, es nuestra música, parece que están en todos lados. Cuando terminamos, mi abuelita nos pide los platos.

—Abuelita, ¿qué historia nos vas a contar hoy?

Ella no se hace del rogar. Nos observa con sus ojos grandes y su cara de mil arrugas sonrío. Nos pide que estemos tranquilos para no perder ninguna de sus palabras. Ella habla muy quedito.

—Hijitos, les voy a contar la historia del “Viento Nocturno”.

Antes de que preguntemos qué es, ella empieza su relato:

—Cuando tenía más o menos su edad, tuve la experiencia más espantosa que se puedan imaginar. Ahora al recordarla siento escalofríos —levanta su cara y pregunta—: ¿Creen poder aguantar?

—Sí, sí —decimos convencidos, aunque la voz nos tiembla.

—Muy bien. Estaba dormida en la recámara azul.

—¿Dónde está el baúl de ropa vieja?

—Sí, esa recámara. Mi cama estaba al lado de la puerta.

—¿La cama de metal clarito que es muy alta?

—Sí, esa misma —murmura con paciencia y prosigue:

—Me desperté con los ladridos de los perros.

—Abuelita, ¿tenías un perro? —exclama mi hermano asombrado.

—No, no tenía, los vecinos, sí. Me tapé la cabeza con el sarape, pero fue inútil, hasta mis orejas llegaba el ruido de las hojas al ser arrastradas y el viento se oía así —arruga la boca y silba un ruido largo y escalofriante. Cuando termina, dice con voz fuerte y alargando las palabras:

—De repente, sentí mucho frío y me hice bolita —mi abuelita se abraza, se inclina hacia nosotros y murmura—: escuché pisadas en el patio, como si alguien estuviera corriendo. Se detiene un instante —¿Hay alguien despierto? —pregunté. Nadie me respondió.

Mi hermano, que es el más chico de todos dice en un susurro:

—Abuelita, es que hablas muy quedito. No te pudieron oír.

Ella cierra los ojos y aprieta los labios, continua:

—Tenía miedo, recuerden que era una niña pequeña; me levanté y corrí los visillos de la cortina.

Estábamos casi doblados sobre la silla cuando alguien le pregunta con la voz muy bajita:

—¿Y qué viste abuelita?

—Al principio, la luna llena. Se veía igual de grande y redoonda que esta noche —canturreó.

Todos vemos hacia el cielo. Parece otro oyente de la historia. Seguro es la misma luna y se acuerda de todo.

—¡Miren qué grande está! —dice mi primo apuntando con su dedo.

No sé por qué, pero nos juntamos unos con otros.

—Entonces los vi: ¡Oojos! y ¡gaarras! Vigilantes y castigadores.

—¿Quiénes son esos? —preguntamos.

—Esos son los nahuales. Son hombres que han encontrado la forma de personificar el ser animal que todos llevamos dentro. Los que yo miré estaban transformados en perros enormes y estaban peleando. Uno de ellos era negro, como el cabello de mi padre y el otro café como el de mi mamá. Su pelambre era largo y eran tan grandes como la pileta de agua.

—¿La misma en la que cabe mi tía? Porque cuando se mete en la pileta, sólo le sale la cabeza —digo con admiración.

—Sí, mis niños, ésa misma.

—¡Ooh! —exclamamos, imaginando cada quien qué tan grande eran los animales.

Mi abuelita levanta los brazos y la palma de la silla cruje:

—¡Eran muy grandes! Estaban parados en sus patas traseras y buscaban morderse. —Mi abuelita con un dedo señala su cara—. Vi sus ojos encendidos y rojos como la llama de la fogata. Los gruñidos eran horribles y los pelos de la cabeza y cuello estaban erizados.

—¿Pudiste ver los colmillos? —chilla mi hermana.

—¡Ay, mi niñita! La luz de la luna iluminó a los nagueales y pude ver cómo arrugaban el hocico y sus colmillos eran grandes y afilados. ¿Se acuerdan que los perros de las otras casas ladraban y aullaban de susto?

—¡Sí, nos acordamos! ¿Qué hicieron?

—Se callaron. Todo era silencio. Como si el tiempo se congelara

y sólo los nagueales pudieran moverse. Se pusieron en cuatro patas, bufaron y se persiguieron alrededor de la higuera levantando polvo y piedras. El sonido de sus patas en la tierra era tan fuerte que yo lo sentí en mis piernas.

Nos movemos para ver la higuera. El árbol es muy anciano, más que mi abuelita. Esta noche se ve gris y triste con sus ramas torcidas por el peso de las hojas, esas mismas que nos protegen del sol o cuando llueve. Mi abuelita, que es supersticiosa, no le gusta que nos metamos debajo de las ramas. Dice que es de mal agüero estar bajo ellas; por si las dudas, jala tres de ellas para que nada nos pase. A nosotros eso no nos importa. Lo único que ocurre es que nos caen gotitas como la leche que saben dulce.

Mi abuelita interrumpe mis pensamientos:

—Uno de los nagueales logró morder el cuello del otro, quien levantó su hocico y aulló tan horrible, que casi lo estoy escuchando otra vez. Se estrellaron en el tronco. En ese momento vi sus ojos grandotes, regañándome. Yo no debía verlos. Grité con todas mis fuerzas: ¡El perrote me va a llevar!

Sumimos la cabeza entre los hombros y la piel se nos enchina. Tenemos metido en la cabeza el grito del animal. Mi abuelita prosigue:

—Corrí a la cama de mis padres, pero no me contestaron, parecía que no estaban ahí. Entonces fui con mi hermano y le grité:

—¡Unos perrotes están en la higuera y me van a llevar! Venga usted a verlos. Él, sin pensarlo, se levantó y salió de la casa con una tranca. Me quedé con mucho miedo de que le fueran a hacer algo, así que en cuanto lo oí regresar, me asomé.

—Niña, no hay nadie, ya se fueron.

Se dio cuenta de que yo no le creía y me pidió que lo acompañara. Me envolví en un rebozo y lo tomé de la mano. Él ya tenía el quinqué encendido para que pudiéramos ver el camino. La tierra estaba revuelta, pero las huellas de los nagueales eran claras. ¡Eran dos veces el tamaño de mi pie!

Nos fijamos en sus picitos mientras se levanta de la silla que cruje como si gritara. No sé por qué, pero el estómago me duele. Mi abuelita se encamina hacia el árbol, diciendo desilusionada:

—Cuando salí, ya no estaban. Entonces advertí algo que brillaba, eran los arañazos de las garras del nahual. Habían hecho unos surcos por donde la sabia resbalaba como lágrimas hasta el suelo.

Murmuramos:

—¡Pobre árbol!

La seguimos para ver el tronco, han pasado muchos años desde que mi abuelita era una niña, así que las cicatrices deben estar muy abajo del árbol. Tocamos su corteza de ceniza, mientras mi abuelita jala las ramas hasta que tiene tres.

Nos caen encima un montón de higos negros. Muchos están maduros y se estrellan en el suelo explotando. El estómago se nos quiere salir por la garganta y gritamos:

—¡Los nahuales van a salir!

—No, te van a matar —grita mi primo riéndose, y diciendo: ¡Uhh!, ¡uhh!

A trompicones, cada quien corre hacia la fogata. Todos creemos que los espíritus de los nagueles, que están encerrados en el tronco, van a salir. Mi abuelita también grita y se cubre la boca con el rebozo. Despacio llega hacia donde estamos.

—¿Abuelita, qué fue eso?

Ella nos tranquiliza diciendo:

—Tontuelos, ¡fue una broma de la higuera!

—Ay, que bromista —dice mi hermana.

Riéndonos por el susto, vamos a recoger el regalo de la higuera y lo chupamos. Cuando nos sentamos, mi abuelita nos pregunta:

—¿Quieren saber qué pasó?

Gritando contestamos:

—¡Sí! — hasta el incrédulo de mi primo grita y levanta los brazos.

Mi abuelita toma un sorbo de atole frío y suspirando por el recuerdo, reanuda su historia:

—Cuando regresamos a la casa, mi padre nos estaba esperando; él es quien me enseñó a preparar fogatas como la nuestra, aunque él usaba petróleo, que a mí no me gusta. Huele muy mal.

Mi abuelita se queda viendo la noche sin estrellas y después de un ratito suspira y nos mira:

—Mi hermano le contó a mi padre que yo había gritado y que él supuso era un ladrón, no un par de perrotos queriendo comerse a su hermana —¡Está muy flaca! —dijo enmuinado y luego me jaló la trenza.

—Abue, yo creía que nada más eras chiquita —dijo mi primo, sin pensar.

Nos quedamos viendo a mi abuelita esperando su reacción; ella dice, sin verlo:

—Mi papá me abrazó y viendo a mi hermano, le dijo: no esperaba menos de ti.

Nuestro padre entonces nos explicó:

—Tu hermana vio al “Viento Nocturno” que los antiguos llamaban Huehucoyotl.

—Qué nombre tan largo, abuelita, ¿qué quiere decir eso?

—Ya les dije, Viento Nocturno. ¿Quieren que les siga contando?

—Sí, abuelita—decimos apenados. No le gusta que la interrumpamos.

—Niños, ¿en qué me quedé? —pregunta con cara seria.

Mi primo dice, alargando las palabras:

—En que tu papá —y aquí se detiene un momento—, te estaba explicando —otra vez se detiene—, que el nahual, que viste, era guelcoyo —dijo mi primo. Mis hermanos y yo lo vemos, pero él se hizo el que no entiende.

—Mi padre era un hombre muy serio, pero ese día lo sentí diferente; las cosas de la tierra le importaban mucho, él se pasó la mano por el cuello como si le doliera y me dijo que no sabía por qué los nagueles estaban peleando. Debes saber que ellos son los protectores de la tierra y castigan a quienes la tratan mal. Así que puedes estar tranquila al saber que a nuestra tierra, la vigilan poderosos espíritus.

—Abuelita, ¿los volviste a ver? —pregunto con la boca llena de pulpa de higo.

—No niños, pero, quién sabe, ahora que están ustedes aquí, a lo mejor los buscan como a mí.

Mi abuelita se arregla el rebozo y se acomoda en la silla, que otra vez se queja. Miro con cariño el patio que nos guarda tantas sorpresas en el día y de noche. Ella se cubre gran parte de la cara y oigo que suspira varias veces. Entonces uno de nosotros dice que juguemos a ser nagueles. Corremos para dar vueltas a la higuera aullando a la luna.

La higuera se sacude las ramas de fruta y nos rocía de leche dulce. La cabeza nos empieza a girar. Uno a uno nos apoyamos en su tronco. Pego mi oreja al árbol y un sonido largo y lastimero sale de su interior. Comprendo que es un llamado. Les digo a los demás lo que pasa. Mis hermanos ponen cara de asombro, pero mi primo se burla.

—Yo no creo nada de lo que mi abue nos contó, sólo es un buen cuento y tú eres una tonta.

Lo vemos con asombro, ¡él es su consentido!

—¡Tú eres el tonto! —lo enfrenta mi hermana.

Seguimos dando vueltas al árbol con más entusiasmo. Después de un rato, los perros de las otras casas empiezan a ladrar y nosotros les contestamos. Mi abuelita silba una canción que todos conocemos y nos vamos con ella.

En ese momento, llega mi mamá por el camino trayendo una lámpara. Viene por nosotros para dormir aunque todavía no es la madrugada. En el camino, nos empujamos unos a otros para que el miedo se nos termine de ir.

Nos vamos a acostar en unos catres que pusieron mis tías en la habitación más cercana al patio y, aunque protestamos, apagan la luz.

No me puedo dormir, son muchas las emociones. Sentada me tapo hasta las orejas. Cuando ya no se oyen voces en la casa, me levanto para asomarme por la ventana. Busco en todos lados. ¡Ahí están! Tal como nos contó mi abuelita. Son tres y están sentados, lamiéndose las patas. Siento que los conozco. En eso, veo a mi abuelita ir hacia ellos. Estoy temblando de miedo y no puedo moverme de la emoción. Y, si ella no los ha visto, y, si la asustan. Cuando está muy cerca de ellos, se quita el rebozo y se sienta en sus cuatro patas, viéndome con ternura.

De alguna manera me acerco a ellas y estoy contenta. La tierra es cálida bajo mis extremidades y el aire me sienta bien. En un impulso, levanto la cabeza para que mi garganta se apriete y en un estremecimiento, se genera el impulso para emitir mi primer aullido con la manada.



Paúl Núñez

Piel de Judas

Andrea Fischer

Mi perra empezó a ladrar y me cagué, porque es mes de temblores. Se me hizo raro, porque generalmente se porta bien: le estaba ladrando al ventanal sin gente. Eran las cinco de la tarde. Me quedé en silencio, esperando a ver si los focos del local se meneaban, o si las sillas se movían de lugar. Nada de eso pasó. Sólo me quedó el ritmo acelerado del corazón, como un palpitar directo sobre la sien. Me acerqué a ella para calmarla, y cuando le acaricié la cabeza, no me reconoció: soltó una mordida y, cuando se dio cuenta de quién se trataba, bajó las orejas. Seguro la agarré en un punto ciego.

Trabajo en una fondita de Isabel la Católica, en el Centro de la Ciudad de México. La fundó mi mamá hace años, porque tiene manos de santa y todo lo que cocina le queda bien. Doña Chabelita, como se dio a conocer entre sus comensales, tiene décadas de ser famosa por sus tlacoyitos y tortas de tamal verde. De chica pensaba que la calle se llamaba así por ella, porque todo el mundo sabía quién era y quería venir a comer a su mesa.

—La gracia de Nuestro Señor es la que nos tiene así de bien, m'hijita. No se te olvide eso nunca —me decía, volteando a ver el altar que le había puesto a la Virgen de Guadalupe en la pared más amplia del local.

Y sí le creo: restaurantes vienen y van alrededor de nosotras, pero incluso con lluvia hemos tenido gente esperando a ser atendida en la puerta. Todos los días mi mamá le prende una veladora blanca a su imagen al empezar la jornada. Cuando terminamos de atender al último cliente, la llama se consume solita. Esas cosas no son casualidad. Para nada. Hasta don Rafa, el dueño de la tienda de cámaras antiguas de la cuadra de atrás, dice que nuestro lugar es el jardín de Dios.

Soy cajera y mesera al mismo tiempo, porque mi señora madre dice que tengo que aprender primero a hacer eso para poder llevar el negocio cuando ella ya no esté. Por eso me ha tocado ver de todo: organilleros, uniformados, ambulantes, músicos con instrumentos rotos. Tantas caras se disipan en la multitud, como si fueran la misma detrás de cada buenos días, de cada orden, de cada nos vemos mañana.

Nunca se me va a olvidar de cuando llegó por primera vez la chavita de la gabardina de gamuza gastada. Se apareció en la puerta y la azotó, como aire. Se tardó unos segundos en inspeccionar el local con la mirada, detrás

de un par de lentes gigantescos. Pensé que se iba a desmayar de lo pálida que estaba. Pero así son las güeritas, ¿no? Descoloridas, sin chiste. Entró sin saludar a nadie. Se sentó sola, como sombra, en la última mesa de la esquina, y cruzó las manos sobre la superficie de plástico.

—Buenas tardes, ¿qué le ofrezco, madre?

—Café.

Así nomás, sin voltearme a ver, sin dar las gracias. Fui por la cafetera y agarré una taza sucia. Al volver a donde estaba, le pregunté por cortesía que si le podía ofrecer azúcar. Me contestó así:

—No.

Le llené la taza a la mitad. No se dio cuenta. Estaba murmurando algo para sí misma que no alcancé a entender, como si llevara la cuenta de algo, o se estuviera recordando una oración para que no se le fuera a ir entre la tormenta violenta que traía sobre sí. A los veinte minutos, me di cuenta de que ya no estaba ahí. Dejó debajo del servilletero un billete de cincuenta pesos, y me dio risa, porque nosotras no cobramos el café. Alrededor de la taza había tres moscas muertas.

A la semana siguiente, la muchacha se apareció otra vez. Sin avisar, azotando la puerta al pasarse y sin hablarle a nadie. Me di cuenta de que, al entrar, la perra le empezó a ladrar a la imagen de la guadalupana que tenemos en el altar. La empujé con el pie para que se callara. Cuando voltee de nuevo, la chavita ya estaba sentada en el mismo lugar de la ocasión anterior. Me acerqué para ver si se le ofrecía algo, y la perra me siguió con la espalda erizada. Detrás de mí, sentí al animal gruñir.

Antes de que le preguntara nada, me dijo:

—Un café.

En ese momento, se quitó la gabardina y le vi un dibujo tatuado sobre el brazo: una mujer entre llamas mirando hacia arriba, como a punto de soltar una plegaria o un grito. De pronto me dio frío. No le contesté nada y le traje café con la taza a medio llenar. Había guardado el billete de cincuenta pesos, porque aquí nadie es ratero. Se lo puse sobre la mesa.

—Aquí no cobramos el café, señorita.

Por primera vez me miró a los ojos. Se le veían enormes detrás de los lentes, como si le fueran a explotar.

—Ese dinero no es mío —suspiró largo y fuerte—. Con permiso.

Se puso la gabardina nuevamente, se paró y se fue.

Detrás de sí, dejó una película de polvo sobre el suelo.

Así pasaron varias semanas. Venía alrededor de la misma hora, se sentaba sola en la última mesa del local en silencio, le servía café y se retiraba sin tocarlo. Siempre que me acercaba a atenderla, la perra se venía detrás de mí con una inquietud poco usual en ella. Cuando la chavita se iba, el animal se acostaba debajo del altar con la espina bien erizada, como si tuviera miedo.

Conforme pasaban los días, me di cuenta de que la gente se dejaba de sentar en ese lugar, como si estuviera bloqueado. Al principio me daba lo mismo: era una mesa menos que limpiar. Luego me causó extrañeza. Cada viernes, la muchacha se aparecía en la puerta con la misma expresión sombría, la espalda ligeramente encorvada debajo de una blusa de tirantes y los labios completamente sellados. A veces traía una cámara de ésas viejitas colgada al cuello, pero nunca la vi usarla. Apenas la sostenía con el antebrazo contra sí, como si temiese que se la fueran a quitar. Como no molestaba a nadie, dejé de prestarle atención. Hay mucha gente rara en este mundo.

Un día, don Rafa llegó a desayunar con la cara pálida. Al tomarle la orden, le pregunté:

—¿Qué trae, don Rafa?

—No, Marce. Es que está cabrón —le temblaban las manos—.

Está cabrón.

—No me diga que su señora anda malita.

Me volteó a ver nervioso, como si sospechara que alguien más lo escuchara, y me contestó con la voz entrecortada:

—Es que al local llegó una bruja.

La perra empezó a ladrarle al ventanal vacío. Escuché a mi mamá acercarse a callarla para que no espantara a los comensales. don Rafa estaba sudando. Así me la describió:

—Tiene los ojos vacíos, los brazos bien flaquitos y se agarra el pelo en un chongo deshecho. Nos ha traído rollos mes con mes para que les hagamos trabajo de revelado. Pero no me da confianza, Marcelina. No me da confianza.

Me disculpé diciéndole que ya iba siendo hora de que le trajera de desayunar, y que tenía que atender a los demás clientes. Mientras cubría las demás mesas, lo veía mirar el plato bien colmado de chilaquiles en silencio, con los codos sobre la mesa y las manos cubriéndole la mitad del rostro. No tocó la comida en media hora.

—Híjole, don Rafa. Ya se le enfrió el plato y no se ha comido nada.

No me escuchó. Sólo me dijo:

—¿Sabe cómo supe que era bruja, Marce?

—Dígame.

—Su cámara hace que la gente se quede callada.

No le contesté. Le traje la cuenta. Me pagó y no se esperó a que le trajera el cambio.

Antes de que se fuera, lo escuché decir *es la piel de Judas*.

El sábado me toca ir al mercado para comprar la mercancía de la semana siguiente. Me gusta tomar ese tiempo para no hablarle a nadie. Para ver la ciudad. Ese día, me acuerdo de que, al dar la vuelta Dr. Vertiz, me topé con la chavita de la gabardina de gamuza gastada de frente. Traía una cámara en la mano y me veía con los mismos ojos desorbitados de siempre, como si viera fantasmas.

—Buenos días, señorita.

Me miró de arriba-abajo.

—Su mamá va a estar bien. Me lo prometió la flaca.

—¿Qué flaca?

Apuntó frente a sí, a una caja de cristal que le doblaba la estatura sobre la banqueta. Luego llamó a un taxi, se subió y se fue. La escuché decir que iba a Xola. Mientras el conductor prendía el taxímetro, la muchacha se me quedó viendo en silencio. No me pude mover hasta que perdí de vista el carro. Detrás de mí, en la vitrina, estaba uno de esos altares a Malverde, con un maniquí de un esqueleto vestido con un velo rojo. Esa noche, la perra se murió por envenenamiento. Hoy la tengo incinerada al lado de la imagen de la Virgen de Guadalupe en una urna discreta.

Nunca he vuelto a permitir animales en el restaurante.



Paúl Núñez

Lloraderas

Cecilia Durán Mena

i.

Soy la diferente. Me costó trabajo entenderlo y tengo que reconocer que no me gustó. Al principio fue como si una ola me hubiera revolcado, arrastrándome por la arena y las piedras hasta lanzarme a la playa, raspada, hasta un poco malherida, pero por fin a salvo. Lo de por fin a salvo no quita la indignación, ni la mitiga. Creo que lo peor son esas miradas. Arde la piel cuando te miran con miedo, como si quisieras quitarles algo, como si los fueras a poner en peligro; pero arde el alma cuando te ven con condescendencia, como si te tuvieran lástima, como si estuvieran en un escalón preferente y desde esa superioridad te obsequiaran su aquiescencia.

ii.

Ni modo, así es la vida. Así somos. La turbulencia de saber que en el mundo hay contrastes, a muchos le pasan desapercibidas. Nadie queremos verlas. Disimulamos. Las miramos de soslayo y en el fondo sabemos que ahí están. Las reconocemos y, a la vez, las aventamos en el archivo de lo desconocido, aunque sean nuestras amigas. Son eso, viejas amistades. En realidad, son añejas conocidas con las que nos negamos a convivir. Nos creemos buenas personas.

El viaje fue muy largo y Redención contribuyó a que se convirtiera en un peregrinaje extendido. El viaje a la capital lo hizo en autobús para ahorrarse lo del tramo aéreo. Ella cree que el amor a la cartera es sinónimo de modestia. De todas formas, si el avión hubiera salido de Guadalajara, habría tenido que abordar un camión o una camioneta para llegar allá de algún modo. Hizo cuentas, los números se le dan muy bien, son sus amigos. Lo malo es que cuando las cuentas no salen, sacan sangre.

Se aventó cinco horas de viaje para llegar a la Terminal de Autobuses del Norte y hora y media para atravesar la ciudad y llegar

al Aeropuerto de la Ciudad de México. Menos mal que decidió usar ropa cómoda, que no le apretara la panza ni le apachurrara el pecho. Redención es una mujer estándar: una chaparrita cuerpo redondo con el mismo color de pelo —negro como todo el mundo—, ojos cafés, oscuros —igual que la mayoría—, piel apiñonada, jeans azules, camiseta de algodón blanco, zapatos de agujeta tan comunes y corrientes como los que usaban todas las mujeres desde los trece hasta los setenta años. Hasta se quitó los aretes para no llamar la atención. Discreta, dice ella. Nada destacable, eso sí. Nada arriesgado, todo seguro. Es una mujer chiquita que se siente diminuta.

Llovía y era extraño que a esas alturas del año cayera un aguacero furioso. La multitud parecía un río que se agolpaba contra las puertas de entrada. Corrían para no mojarse, la desilusión se materializaba al ver que, dentro del edificio de salidas internacionales, también llovía. Las goteras eran huecos tan grandes que escurrían cascadas del techo a los mostradores, a los pasillos, a los vestíbulos.

Todo son signos. La lluvia es universalmente conocida como la concreción del presagio: se materializa la tormenta. No le hizo caso a la hija de los nubarrones y el trueno.

iii.

Andar por el mundo diciendo que todos somos iguales es una seña que nos indica quiénes son los que más adoran esas diferencias. Por supuesto, el mecanismo es tan sencillo de entender como un reloj suizo con complicaciones, es tan fácil como un trabalenguas al revés. Nada es simple. Claro, la cosa es así: ellos son los diferentes; yo no. Siempre es así. Las líneas que dividen a los otros —los ajenos— de los nuestros pueden ser sutiles o evidentes, suaves o agresivas, pero siempre son sensibles. Los güeros y los prietos; los ordinarios y los extraordinarios; los sublimes y los vulgares; los flojos y los trabajadores; los buenos y los malos.

También existen clasificaciones menos complejas. Erick lo tenía claro: mira, Redención, en este mundo hay de dos: personas hámsters y leones. Decía que los que somos hámsters nos subimos a la rueda de la jaula y corremos con esfuerzo todos los días y por la noche, llegamos agotados a nuestro destino que es el mismo lugar que el de

nuestra partida. En cambio, los leones se la pasan echados panza para arriba, durmiendo todo el día y cuando deciden levantarse, van y de un zarpazo, cazan un búfalo.

Entiende, Redención, a los roedores les cuesta mucho trabajo entender, son de lento aprendizaje pero, eso sí, muy esforzados. En cambio, los felinos vemos la realidad tal cual es en la primera ojeada. Sí, saben lo que quieren y lo consiguen sin darle tantos rodeos. Así son ellos y así somos nosotros. A Erick le ganaba la risa. Iguales, sí claro, ¿cómo no? No sabes de lo que hablas, ni los dedos de los pies que se parecen tanto, son iguales. Incluso, entre los roedores hay diferencias: no es lo mismo ser rata que hámster. Las ratas son sucias, infecciosas, rastreras y traidoras. Los hámsters son mascotas dóciles que se esfuerzan por ser adorables. Decía y me pasaba la mano por la cabeza, como si me estuviera apaciguando. Quieren caerle bien a todo el mundo, son serviciales y siguen las reglas. Sonríen a quien los voltea a ver. Esa es su mejor cualidad, lo que los administradores llaman ventaja competitiva. Sí, pero también es su peor defecto. Los afecta al derecho y al revés.

A diferencia de ustedes, a los leones nos tiene sin cuidado lo que los demás piensen. Nos orientamos a conseguir resultados. Es cierto, si Erick pone el ojo en lo que desea, lo consigue, aunque eso signifique dejar de ser adorable. Para los leones la simpatía no es un valor tan alto como la eficiencia, la productividad y la ley del menor esfuerzo. Se arriesgan y no les importa el qué dirán. Lo curioso es que el prestigio de estos felinos es inconmensurable porque siempre llegan a la meta y, en muchos terrenos, eso es lo que importa. Casi en todos los terrenos, eso es lo que importa.

Erick sabe que Redención, en su fuero interno, quisiera ser león, pero nunca lo logrará. Se esfuerza tanto y dirige sus energías al lugar equivocado. No tiene ni el ingenio ni el carisma para serlo. Entonces, para ser sublime busca caerle bien a todo el mundo, se dedica a hacer el bien. Al menos, lo que ella cree que es el bien. Se le metió en la cabeza que debía ser generosa y compartir mucho de lo que la vida le ha dado. Ser caritativa, ir a ayudar a los más necesitados y todo eso. Pobres criaturas, también tienen derecho ¿no crees?, decía, mientras se miraba en el espejo de bolsillo y se pintaba los labios de color rosa pálido. Pero ¿dónde están? Y, como ella dice, no hay duda de que lo que te toca, se manifiesta. En una cena con amigos de la universidad, a los que tenía una eternidad sin ver, se generó la idea.

En esas reuniones se platica mucho. Nos pusimos al día, unos casados otros solteros; unos ejecutivos otros emprendedores. Alejandro Libreros contó que heredó los negocios de su madre, pero que su llamado estaba en otro lado. Tiene una asociación de ayuda, es filántropo. Me pareció tan interesante. Nos contó que Burkina Faso sufre un proceso de desertificación, causado por las fuertes sequías y el uso de técnicas agrícolas inadecuadas. Escuché a Alejandro, sus palabras fueron como semillas que cayeron en tierra fértil. Abrí los oídos y lo escuché con atención. Soltaba detalles informativos sin parar. Una de las dificultades más lesivas para la población es la escasez de leña. En las principales ciudades, la contaminación atmosférica constituye el mayor problema ambiental. La esperanza de vida es de 49 años, el promedio de edad es de menos de 17 años. Sentí que se me fruncía el ombligo, pobre gente. Pero lo que en verdad me conmovió fue enterarme de que el promedio de hijos por mujer es de más de seis, una de las tasas más altas del mundo. Hay veces que nada más basta que le jalen a uno los bigotes para que se le meta a uno el gusano barrenador que te come la sensatez. Decidí que era necesario ir a ayudar. Pobrecitas mujeres sin voz y sin que nadie se haga cargo de ellas.

iv.

Se lo contó a todos los que la quisieron escuchar: me voy de misiones al África. Sonreía como si se adaptara con orgullo a la idea, como si se estuviera ganando el subterfugio de simpatía de trescientos sesenta grados. Era su viático a la trascendencia. Los que la escuchaban se miraban entre sí, fruncían el entrecejo, se rascaban la barbilla o se reían por lo bajo. Algunos le preguntaban que qué se la había perdido allá y ella meneaba la cabeza y ponía los ojos en blanco.

Erick se lo preguntó derecho: ¿a qué vas? A ayudar. En serio, ¿qué quieres encontrar allá? En serio, no te metas, no entiendes de estos temas. ¿Y tus gatos, y tus perros? Los voy a dejar en una pensión. ¿Tanto tiempo? No tengo otra alternativa. Sí, siempre hay alternativa, yo me quedo con ellos, pero sólo mientras regresas. En serio, ¿qué se te perdió allá que no puedas encontrar acá?

Aprovechó todas las horas de vuelo. En el primer tramo México-Miami acatarró a su compañero de asiento con el tema de la filantropía. En el viaje Miami-París le narró su aventura a la señora que iba a su lado derecho hasta que la mujer sucumbió al sueño o se hizo la dormida para terminar la conversación. Se lo contó a la azafata. Le

preguntó a un niño pequeño que hacía cola para entrar al baño a mitad del vuelo, si sabía dónde se encontraba Burkina Faso. Pasó cinco horas en una sala de espera mientras hacía conexión. Se subió a un avión de una línea aérea de bajo costo y escuchó con interés que parte de la tarifa que había pagado se donaría para las necesidades más apremiantes de países como India, Honduras y África. ¡Es una maravilla que la responsabilidad social corporativa y la generosidad de las personas vaya a los más necesitados!

Por fin, después de treinta y cinco horas de trayecto aterrizó en Uagadugú, la capital del país.

v.

Excuse me, excuse me.

Pardon?

Nadie habla inglés y yo no sé hablar francés. Ni modo. Hay que adaptarse. Para ayudar, hay que sacrificar. Por suerte, el teléfono tuvo la inteligencia de conectarse a una red y pude dictarle preguntas que tradujo para cerrar el proceso de comunicación. Así, recuperé mi equipaje y logré que me dieran instrucciones para tomar un transporte que me llevara Dori, capital de la provincia de Sahel.

Tuve suerte, encontré transporte rápido. No era un carruaje de reina, era más bien una calabaza desvencijada sin lacayos que me ayudaran con el equipaje. No hay lugares asignados, te sientas donde hay lugar. Fui la primera en subir. Ocupé el segundo asiento del pasillo.

Al principio no lo entendí. Las personas subían al autobús y al verme se detenían. Ponían los ojos redondos y miraban a otro lado, generalmente al suelo o al techo. Los lugares se empezaron a llenar y el que estaba junto a mí, seguía vacío. Yo les sonreía, con mi cara de roedor agradable. Escogí la expresión más amigable que les dejara claro que yo estaba ahí para ayudar. Me parecía tan interesante, todo era curiosísimo: las telas de sus vestidos largos, de colores brillantes; los turbantes que se enredaban en la cabeza con formas exóticas. Sí, se veían tan elegantes. Elegante raro, claro está.

En minutos, el autobús se llenó. Los asientos estaban, cada uno con un pasajero, menos el lugar que estaba a mi lado. Oí unos gritos. Una mujer subió, miró en todas direcciones, agitó la cabeza de lado a lado, los brazos de arriba abajo. Recorrió el pasillo murmurando algo. Los pasajeros decían que no. Llegó hasta el fondo, regresó. Bajó. Habló con el chofer que alzó los hombros. Apuntó al lugar vacío y la mujer

negó. Gritó. El chofer subió al autobús, encendió el motor y antes de cerrar la puerta, la miró y dijo algo. La mujer jaló sus bultos y subió. Se agarró del tubo y se quedó de pie. El chofer le gritó muy fuerte. Ella cruzó los brazos y se plantó. El chofer apagó el motor y los demás pasajeros se hicieron uno en el griterío.

El corazón empezó a palpar muy fuerte. Las voces eran incomprensibles. Si fuera como mi amigo Erick, habría dirigido la mirada a la ventanilla. Pero, como no soy león y soy hámster, le sonreí a la mujer. Me cambié a la ventanilla. No me costó nada, venía para ayudar, ¿no? Así empezaría mi trayectoria como facilitadora. Además, aprovecharía para ver el paisaje, conocer el lugar al que había llegado a ayudar.

vi.

La mujer sudaba, temblaba y tenía las pupilas dilatadas. Se sentó en la orilla del asiento, como haciendo una diagonal para que el espacio entre una y otra garantizara la distancia de seguridad requerida. Se llevó las manos a la cabeza, movía los labios, murmuraba. Tenía los vellos erizados. Los músculos estaban tensos y las mandíbulas trabadas.

Redención se arrebujo en el asiento. Miro por la ventanilla. El sol era tan brillante que hasta le dolían los ojos. Las horas de viaje empezaron a hacerle sentir los efectos. Los párpados se vencían. El sueño le fue ganando. No se enteró el momento en que se quedó dormida.

vii.

Me despertó el griterío. Abrí los ojos. No entendía nada. Una mujer me señalaba. Lloraba con alaridos y me apuntaba con el índice. Me costó trabajo recordar en dónde estaba. El chófer del autobús estaba parado en el pasillo del autobús con la boca abierta y los brazos en la cintura, como si fueran las asas de una jarra.

La gente gruñía, increpaba. Tardé en entender que era yo la que había encendido esa molestia. Mi vecina de asiento lloraba, me gritaba y miraba al cielo moviendo la cabeza de un lado al otro. Para tranquilizarla, intenté poner mi mano sobre su hombro. Brincó para atrás. Los aullidos de los demás pasajeros aumentaron. El chofer trataba de reestablecer el orden. Las voces subían de volumen y la violencia estaba a punto de soltar el hervor.

Me daban instrucciones que no entendía. Quise decirle algo en inglés. No sirvió de nada. No hablan inglés. Gritos. Palabras. Sonidos. Mucho volumen. Sentí el corazón en las orejas. Sudaba. Intenté sonreír.

No pude contener el llanto. Me bajaron del autobús. No. No. No. No me pueden dejar aquí. El chofer me indicó que me sentara en el escalón de la entrada del vehículo. Ahí me fui, recibiendo un acto de misericordia del conductor que me dejó en la comisaria del siguiente pueblo.

viii.

La estación de policía era como cualquier edificio de gobierno en la Ciudad de México. Mismos muebles, mismos colores, mismas velocidades. Los recuerdos no son claros. Solicité ayuda consular. Buena suerte con eso, me enteré de que la representación más próxima de la Republica Mexicana es la embajada que está Abuya, la capital federal de Nigeria.

Por fortuna, a alguien se le ocurrió contactar con Médicos Sin Fronteras que trabajan a la región de Sarel. Me ayudaron y, sobre todo, me explicaron. Al quedarme dormida en el autobús y después de pasar algún bache, el cuerpo se ladeo y mi cabeza fue a dar a la espalda de la mujer que ocupaba el asiento junto a mí. Para la gente de su tradición, si alguien que no es de los suyos toca a alguna mujer, quedan impuras. Les transmites suciedad. Los contaminas.

ix.

Erick la fue a recoger al aeropuerto. Apenas habían pasado ciento veinte horas y la aventura de Redención ya era historia. Las puertas de la sala de llegadas se abrían y se cerraban continuamente. El vuelo procedente de París estaba llenísimo porque salía y salía gente empujando sus maletas, pero su amiga no aparecía.

Por fin, una figura redonda, despeinada y minúscula se arrastró a la salida. Estaba a punto de empezar la perorata de te lo dije, qué estabas buscando allá, qué rayos se te perdió, fuiste por oro y regresaste con tepalcates, cuando Redención lo miró directito a los ojos.

—Ni se te ocurra empezar con tus estupideces, Erick. Te lo advierto. Guarda silencio. Ya estuvo bueno de lloraderas.

El antiguo león recibió el zarpazo. Redención se dirigió al taxi y se fue sin importarle lo que su amigo tenía que decir.

x.

Darme cuenta de que fui la diferente, me costó más de lo que tenía calculado. Cuando las cuentas no salen, sacan sangre. Y, ni hablar,

tengo que reconocer que la experiencia no me gustó. Me arrastró la ola. Lo de por fin a salvo no quita la indignación, ni la mitiga. Creo que lo peor fueron esas miradas. Arde la piel cuando te miran con miedo, como si quisieras quitarles algo, como si los fueras a poner en peligro; pero, hoy entiendo que arde el alma cuando te ven con condescendencia, como si te tuvieran lástima, como si estuvieran en un escalón preferente y desde esa superioridad te obsequiaran su aquiescencia.



Paúl Núñez

Lobo

Cecilia Durán Mena

Al anochecer, cuando el sol oculta entre las montañas y el crepúsculo es un festín de sonoridades, el lobo sale de su cueva, cruza a toda velocidad por entre los árboles del bosque, se acerca al lago, alza la cabeza y se detiene. Recluta un poco y comienza el triple juego: un aullido, un olfateo y un gruñido. La punta de plata del hocico se frunce y los músculos del lomo se tensan.

Lo ha visto.

Fija con dureza la mirada de color ámbar en el pescador que rellena la cantimplora. Las reminiscencias del reino animal pintadas en su instinto brotan, el sonido del cerdo, el cálculo del tigre y un ladrido espasmódico que recuerda más la carcajada nocturna de su prima la hiena que de su hermano el perro.

No. No es lo que dicen. Ni apasionado necrófilo, ni adversario cobarde. Es cazador. Es carnívoro. Prefiere la carne fresca, pero ha tenido que competir con las aves carroñeras. Ha sido difícil. Se ganó el repudio de los ganaderos. Ataca burros, becerros, caballos, vacas. Ellos le quitaron su alimento principal. Ya no hay ciervos. Se conforma con roedores. Tampoco hay muchos. Se los han acabado.

Oculto detrás de los carrizales, lo observa con atención. Está quieto. Parece estar digiriendo mentalmente un manjar. Los hilos de baba manchan el terreno pedregoso. La orejas, en pico y cortas se yerguen. La glándula odorífica de la cola que aumenta la fineza de su olfato apunta en dirección al lago. Imagina que el manjar palpita entre sus garras, entre los colmillos y se adentra en la garganta. Prepara la actividad intestinal por la que aquél, que aún no se ha percatado de su presencia, formará parte de su esencia. No de forma íntegra: a pedazos.

Un gruñido que no sale de sus fauces suena potente. Viene de sus entrañas. Las costillas sobresalen entre la piel tan delgada. Entre los recuerdos brotan imágenes: la crin hirsuta, las coces, los ojos abiertos y los dientes que tiraban de mordidas en un intento desesperado por defender la vida. El hilo de sangre que recorrió el cuello en señal de que dientes y colmillos fueron efectivos. La quietud absoluta y la blandura de su carne. El festín para la manada. Las ávidas quijadas, la voracidad del diente, que dieron cuenta del botín sangriento. Otros tiempos. Juventud y potencia que hoy faltan. Más gruñidos, más retortijones. Sin

duda, otros tiempos. Hoy está solo y el recuerdo del banquete no llena el hueco ni alivia la necesidad.

¿Cuántas veces le ha implorado a la luna por un bocado? Ladridos de súplica que los luceros jamás han escuchado.

Duele. Cabeza. Estómago. Corazón.

El olor está por todas partes. Lo envuelve desde la nariz hasta la punta de la cola. Casi puede imaginar el sabor: como a caballo joven o a vaca gorda. Ojalá, no importa. Hasta el de rata muerta le da gusto.

El pescador, de espaldas, rellena su cantimplora. Se concentra en el espejo de agua que refleja cientos de estrellas y a dos que tres urracas que sobrevuelan el lago de regreso a su nido. No hay luna. El aceite del quinqué se agota, se extingue. Los ojos color ámbar están habituados a la poca luz.

Se alborota el hueco que late en el estómago del lobo. No hay mucha fuerza y sale en su ayuda el instinto. Busca en su cuerpo la fortaleza que huyó por la falta de alimento. Reaparece la fiera, recobra sus instintos, las garras erizadas, los rencores se le dibujan en la cola. En un instante, calcula y entiende. Le falta su pareja. Ella mordía el perineo. Él le hincaba el diente a la yugular. Así era más fácil. No resistió. Se le fue la vida como se le está yendo a él.

Abajo, encucillado, el pescador comienza a habituarse a la oscuridad. Respira hondo y se llena los pulmones con los aromas de las hierbas y de la tierra del bosque. Se deja invadir por las melodías de los grillos y las chicharras y de tantos más que se fueron añadiendo y que no pudo identificar. No distingue el ruido del aire que entra y sale del hocico. No percibe la mirada.

El lobo se asoma. Retrocede. Regresa la garra, se lanza de un brinco y a gran velocidad avanza sobre su presa. Cruza la frontera.

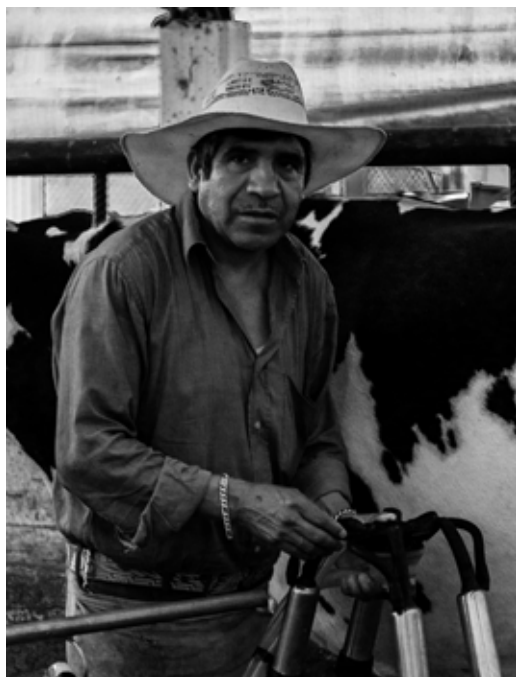
El pescador termina de rellenar su cantimplora y escucha un murmullo. Todo es calma, gorjeo de los pastizales que se mueven con el viento. Sin embargo, sabe. No es ni el canto del grillo, ni el choque del agua que pega contra su bota. No es la hierba, ni el vuelo de las aves nocturnas. Es un silbido, el aire electrizado. Ojos que brillan. Un ruido. La piel de la nuca se tensa. Restriega las patas traseras. Araña el suelo. Un salto. Le cae encima.

Dos vidas que penden de un hilo. Dos miradas se encuentran. No hay tiempo. De rodillas uno. Tembloroso el otro. Gruñidos. Un grito. Silencio.

Huellas de cuatro dedos y sus uñas, parecen de un perro grande, pero más anchas. Las impresiones de las almohadillas digitales más alargadas y separadas. Pisadas, huellas de zapatos de hule. Hendiduras en el terreno de lago que estuvo pegado a la vida. Gotas de agua derramada sobre el terreno pedregoso. Gotas espesas a la orilla del lago. Manchas. La cantimplora flota en la superficie.



Eduardo Caballero



Otredad VII
Diego Vivian



Otredad XXI
Diego Vivian



Sin título
Santiago Padilla



Irse, sin más I
Juan Carlos Astudillo



Irse, sin más II
Juan Carlos Astudillo



Sin título
Santiago LP



Sin título
Santiago LP



Espía 2
Ferdy Cadario



Recuerdos
Ferdy Cadario



Ojos en la luna
PaolaSerna Rodríguez

El descanso

Juan Bárcenas

Siento que me estoy volviendo loco. He estado soñando los recuerdos de otras personas durante casi dos años. Sé que son recuerdos porque se van resolviendo frente a mis ojos. Inconexos me llegan, como si yo fuera una isla en donde las memorias naufragan para morir de olvido, o de locura. Y en el ápice de sus ciclos me explotan en la cara como una úlcera escondida.

Y no sé qué es peor, saber quién tuvo los recuerdos, o saber por qué los veo, ya no me importa. En un principio me intrigaba, y tenía un deseo voyerista. Pero aparecen recuerdos que nunca debí haber visto. No le he contado a nadie acerca de esto, pero están a punto de saberlo, la neurosis me consume. Los gallos de mota en vez de relajarme, me mal viajan, diciéndome, “esto no es el THC, es la realidad”.

He soñado con todos mis seres queridos, he soñado cuando murió mi abuela y cuando encerraron a mi papá. He soñado con la esposa de mi hermano y los golpes. He soñado el suicidio de mi primo. A veces tengo el extraño deseo de sacarme los ojos, y que las imágenes se disuelvan en una ceguera que vuelva el dolor en un recuerdo abstracto. Pero ¿si no funciona?

No le voy a contar a nadie, esto se muere conmigo. Yo soy el único y el último que puede ver sus vidas. Empiezan a sospechar que sé algo. Yo no quiero saber nada. No debería saber nada: llegó a mí como un regalo maldito. No lo quiero. Quiero no saber nada y vivir con la estabilidad orgánica de la incertidumbre.

Sólo quiero descansar un momento, descansar mientras los recuerdos se mueren en el silencio. No sé si volver a hacer un intento de dormir, me duelen las rodillas, mis ojos me arden casi hasta la asfixia, mis manos son espigas dobladas por el cansancio. Me voy a dormir, apostando mi último gramo de cordura y tranquilidad, si despierto sólo va a ser para seguir fingiendo hasta la implosión que no sé nada y que los recuerdos son sólo sueños.



Paúl Núñez

La sogá, el perro y el Antón

Fátima Chong

Este amanecer Antón se levanta muy temprano, corre en dirección al baño pretendiendo ganarle a su padre el espacio y darse una necesaria ducha, éste último con fuerza innecesaria le da un puntapié a su hijo impidiéndole cumplir con su cometido, el hombre tarda demasiado tiempo, la regadera se escucha incesante y Antón percibe su sonido con ironía y se frustra por la nula empatía de su progenitor. El adolescente sólo pretendía asistir aseado a la secundaria, tuvo que conformarse con lavarse los dientes con bicarbonato, el dentífrico se agotó. Se ha aplicado unas gotas de limón en su cuerpo, se siente avergonzado por no poseer una loción barata.

Su madre malhumorada pone en la mesa los bolillos y el atole de cada mañana, sus hermanos pequeños parecen disfrutar los alimentos, Antón resuelve no aceptarlos, pues está muy cerca de agregar otro kilo a su persona, vive indispuerto a consentir las constantes mofas de sus compañeros de clases por su sobrepeso. La infinidad de apodosos le revientan el hígado y pisotean su restante autoestima. La mujer lo reprende por no desayunar golpeándole su cabeza con injustificable desprecio. Son las 6:30 am; el chico y su padre bajan sin cuidado las escaleras de la azotea, donde hay dos cuartuchos en los cuales Antón y su familia coexisten dentro de un viejo y gris edificio de la ciudad de México. Un espacio que produce la sensación irremediable de tristeza, cuyas paredes atrapan los ecos de los lamentos por las minúsculas posibilidades de oportunidades o aspiraciones.

Abordan la combi, Antón limpia inquieto su sudor, teme oler mal, ya están en la estación del metro precisa, dos cuádras de andanza y el chico persiste fuera de la secundaria, su progenitor se ha marchado sin despedirse, el adolescente reside breves instantes expectante a que la prefecta le permita la entrada, la mujer lo exhibe comentándole que faje correctamente su camisa, la barriga le imposibilita hacerlo prontamente para evitar que sus compañeros se burlen de la situación; atrás de él se forma Martita, la niña de sus ensueños, para quien ha arrancado disimuladamente una margarita de una de los jardines del parquécito aledaño, lo concibe con la intención de obsequiársela, no obstante, su timidez se lo impide y la oculta entre sus libros.

Inician las clases, la indolencia de sus docentes paraliza

sus emociones, intenta concentrarse, copia en su cuaderno lo que su maestro de historia escribe en la pizarra, entonces, Elías avienta sobre su trabajo una hoja de papel hecha bola y lo invita a que la abra, Antón estremecido lo realiza y descubre un cerdo grotesco dibujado con su nombre, y un enunciado que le sugiere “matate puerco”. El chico seca discretamente sus lágrimas y sigue su tarea. El profesor se entera, pero prefiere evadir el sermón, no es asignatura de ética, ni valores, justifica.

A la hora de receso Antón se sienta solitario en una banca y admira a lo lejos a Martita quien le sonríe. Mañana obtendrá una fresca margarita otra vez y quizá le invite una paleta de hielo, se devolverá a casa a pie e invertirá su dinero de transporte en tal hazaña amorosa. ¡Mañana será un nuevo día!

Al concluir la jornada escolar, Elías y sus amigos lo acosan como de costumbre, le muestran una sogá y le gritan que se cuelgue de dicha, ¡cual piñata!, salvo que Antón ahora transita animoso, repasando en su mente la sonrisa de Martita.

Se repite la rutina, a jicarazos se dio un baño en la madrugada para eludir confrontaciones, trae la margarita, todo lo ha previsto, sin embargo, Martita no lo saluda, la pobre flor en el interior de la mochila yace estrujada. Su humor ha cambiado, se apesadumbra. Su actitud estoica se desmorona. Rumbo a su domicilio se tropieza con Elías quien contiene a un horrible perro, amenaza a Antón con el animal, exponiéndole que lo morderá por su instrucción. Con pasos presurosos Antón se resguarda en su sombría vivienda. Quiere llorar, ha pasado un mal día. Se sienta por orden de su madre para sorber una insípida sopa de cebolla, de pronto se cae la mochila y de ésta emerge la maldita sogá para su suicidio propuesto, la colocaron en la intimidad de sus útiles para mortificarlo, el chico abraza a la fémica con expresión de impotencia, ella lo rechaza, insiste en explicarle a su madre lo qué significa el objeto, pero adusta, lo ignora y la estira convirtiéndola en un tendedero donde disgustada cuelga calcetines. ¡Su orfandad es espiritual! Para Antón es lacerante observarla moverse en la noche sosteniendo la ropa, es sinónimo de inmutable hostigamiento.

Lleva la margarita para Martita que tampoco entrega. Elías lo denigra en público y Antón aburrido se defiende y yergue su dignidad, los hechos se suscitan irremediables en el aula, las consecuencias son; reportes y el pantalón escolar de Antón roto. Ya en casa, su padre le da una paliza por no cuidar sus miserables pertenencias. Un risible parche en la rodilla es parte de su uniforme ya.

Elías y su perro en la calle como siempre, la monotonía infringe en su alma, no hay salvación, el perro con sus afilados colmillos se acerca a Antón, y el chico perverso se carcajea e inusitadamente se escapa de sus manos el animal feroz, su víctima corre al lado contrario de la acera, en su fallido intento de escape tropieza, su tobillo se tuerce, cae en seco y con la banqueta se desnuda. La sangre corre vertiginosa. Elías, como un cobarde, abandona la escena, nadie en apariencia lo presencié, sólo yo y soy culpable por mi apatía.

En el transcurso de la tarde es el sepelio de Antón, sus padres y hermanos lloran desconsolados, muy excitados por no contar con dinero suficiente para los trámites mortuorios. Se presentan en la funeraria Elías y su familia, su acto de generosidad es admirado por los dolientes, su victimario carga un ramo bellísimo de margaritas y lo coloca sobre el féretro de su fallecido o asesinado compañero. Siempre supo de la relación de esas flores con las ilusiones del difunto y su madre apoyando la supuesta bondad proporciona al padre del fenecido un pagaré a intereses altos y eternos para sufragar los gastos de la sepultura, ¡son tan caritativas personas!

Tres semanas han sucedido, la frívola madre se despoja del luto y abre la mochila del adolescente, la sacude y surgen las marchitas margaritas, la mujer irritada pronuncia entre dientes: “¡Qué sucio era!”



Paúl Núñez

Nonagésima tercera

Elia Angélica Saavedra Sánchez

¿Estás molesta? ¿Dije algo malo? Lo admito, sé que últimamente hago mucho ruido, pero no es algo que te incomode, ¿o sí? Ya no me escuchas muy bien, por más que te hable a gritos. ¿O es porque descosí tu suéter gris? Te juro que no fue mi intención, de verdad. Seré mucho más cuidadosa con tu ropa de aquí en adelante, lo prometo. No más jalones de mi parte.

Aunque... aunque quizá no estás enojada. Quizá sigues enferma. Pero tendrías que estar muy enferma, porque he contado noventa y dos puestas de sol desde la última vez que te vi. Y aunque estés enferma, sueles venir. Como esa vez que te fracturaste el brazo y tus nietos venían a visitarte todos los días y jugaban conmigo. Ay, tus nietos, tus nietos. A ellos también los extraño, aunque no te lo creas. Sé que me me quejo cada vez que vienen, pero entiéndeme, es que son muy rudos y a mí me gusta estar tranquilita.

Por eso nos llevamos bien, tú y yo. Por eso eres mi mejor amiga. Nos gusta estar tranquilitas. Yo soy feliz con que me acompañes, aunque no hablemos, cada una en sus cosas. Tú tejiendo o leyendo un libro o intentando hacer dormir a tu nieta la bebita, yo ahí contigo, perdida en mis pensamientos.

Lo que más me gusta es cuando vemos juntas el atardecer por la ventana y de repente notamos a los pajaritos o tú mencionas lo alto que ya está el limonero de los vecinos. Y nos mecemos y nos mecemos. Nadie mece como tú. Cuando mecemos juntas, nos volvemos una sola. Y eso no me ocurre con nadie más.

Hace mucho no mezo con nadie. Hace mucho que ni siquiera se sientan en mí...

El otro día pasaron tus hijos por aquí. Se llevaron la mesita y el sillón. Remodelación, supongo. Todos los muebles están muy asustados, pero yo no. Sé que tú no te desharías de mí porque me amas tanto como yo te amo a ti.

Nonagésima tercera. Ésta es la nonagésima tercera puesta de sol sin ti, pero quizás sea la última. Te esperaré mañana y nos mecemos y seremos una sola. Tú y yo, yo y tú.



Paúl Núñez

Bye

Francisco Duarte Cué

Les tomó más tiempo aceptarlo que darse cuenta, pero en realidad no se veían más seguido por el enorme trabajo que les costaba despedirse.

Apenas habrían pasado un par de meses desde el desayuno más reciente cuando José recibió una llamada de Mariela para invitarlo a desayunar. Insistió en que fuera en su casa pues sus hijas, que estudiaban en el extranjero, estaban de vacaciones en México. Aceptó más que gustoso.

Tras un ligero esfuerzo de memoria vial llegó a su cita debidamente armado con flores y chocolates que repartió en cuanto lo fueron saludando; así dio comienzo una plática que se extendería por unas cuatro que cinco horas.

Estaba por girar la perilla de la puerta que da a la calle cuando ella lo detuvo poniéndole una mano en la cintura. Con esa misma mano le tapó los ojos mientras con la otra se descubría el pecho.

—Quiero que los conozcas antes de la operación, le dijo mientras le mostraba sus senos.

José los tomó con extrema delicadeza, le dio un beso a cada uno para después deslizar sus brazos y sujetar la espalda de Mariela con dos manos temblorosas de emoción y miedo. Le abotonó la blusa y se despidió de la manera que ellos tenían: un abrazo cariñoso y un beso por cada cachete.

La cirugía fue todo un éxito gracias a la detección temprana y un gran equipo médico. José siguió el procedimiento lo más cerca que pudo ya que el hospital no permite visitas por el momento. Ella se recuperó con enorme celeridad y en cuanto pudo se comunicó con su viejo amigo. Obviamente quedaron en desayunar tan pronto le dieran de alta total pues eso era motivo más que sobrado para celebrar.

Así fue y el día pactado llegó. Ya estaba él esperándola cuando la vio entrar del brazo de un acompañante no conocido.

—Mira, te presento al ingeniero Oyarzábal, (Juan, por favor), nos va a acompañar por esta ocasión. Llegó el mesero con una jarrita de café con lo que dio comienzo el evento celebratorio que se prolongó un par de horas.

El ingeniero no dejó que José pagara y no le quedó más que agradecer la invitación y felicitar a Mariela por su mejorado estado de salud.

José salió del restaurante y se subió a su coche y justo cuando hizo 'clic' el cinturón de seguridad al embonar con su base, se dio cuenta de que no le había costado trabajo despedirse.



Paúl Núñez

DOC

Iván Gutiérrez

Mi nombre es Daniel Olmos Castrejón, durante la universidad los compañeros me llamaban DOC, son las iniciales de mi nombre y supongo que de tanto escucharlo me acostumbré a ese criptónimo. En la actualidad aún lo conservo y en mi tarjeta de presentación se puede leer la palabra DOC seguido de mi número de teléfono, y debajo de este la leyenda <<servicio las veinticuatro horas>> Mi abuelo fue psiquiatra y mi padre, como era de esperarse, siguió sus pasos; ambos coincidieron en algún momento que soy una vergüenza para la familia, pues yo decidí explorar otros campos y por supuesto otras posibilidades, siendo sincero jamás estuve de acuerdo con la medicación desmedida a la que son sometidos los pacientes. A pesar de esto soy consciente que mi trabajo es un ejercicio profesional afín, ya saben, como dicta el viejo dicho “el fruto no cae muy lejos del árbol”.

En mi caso, cuando los miró entrar, lo primero que hago es recibirlos con una sonrisa amable, les doy el tiempo necesario para que tomen asiento y se pongan lo más cómodo posible, enciendo la calefacción si el clima así lo ordena, a veces la música les ayuda a relajarse, en otras es mejor mantener un total silencio (por supuesto en todos los casos yo cobro mis honorarios). Lo importante es generar una atmósfera de confianza que les permita externar de forma adecuada las inquietudes de cada uno y esto se logra a través de la observación de la conducta humana, no es arrogancia, pero he pulido una impecable técnica gracias a la experiencia que me han dado los años de servicio. Gracias a su lenguaje corporal fácilmente se puede inferir sobre sus incertidumbres o sus placeres.

En algunos casos soy yo el que tiene que dar el primer paso, los incito lanzando alguna pregunta al aire, algo que se podría definir como asociación libre y en otros son ellos mismo los que comienzan con la verborragia de sucesos, me hablan de sus problemas, deseos, frustraciones.

Por supuesto yo dirijo, soy en todo momento el responsable de la conducción, de llevarlos por el camino correcto, sé en qué momento debo detenerme, “meter el freno” como quien dice o si debemos regresar al punto de partida. A lo largo de estos años he visto desfilan todo tipo de sujetos así como todo tipo de traumas y patologías, algunos

vienen solos, otros en pareja, algunos otros en familia, hay a quienes los veo sólo una vez en la vida, son pocos los constantes, los recurrentes y que realmente me dejan conmovido.

A veces regresó a casa con un fuerte dolor de cabeza y una pesada carga sobre la espalda, pero sé que es parte del oficio y mientras desabotono la camisa o me rasuro la barba repaso nuevamente aquellas intrincadas y profundas conversaciones plagadas de simbolismo he intentado darle alguna respuesta pues aún en casa el trabajo continúa, después sentado a orilla de la cama mi esposa masajea mis hombros con delicadeza y me pregunta si se presentó algún incidente en el trabajo, yo le respondo que sí, sin embargo, mis códigos de ética son elevados y el secreto profesional no me permite hablar ni del más mínimo detalle. No soy como mis colegas que alardean todo el tiempo contando vulgarmente sus anécdotas o como aquellos que sirviéndose de su posición aprovechan cualquier oportunidad para mirarle los pechos o las piernas a las chicas lindas, les es difícil comprender que este trabajo requiere seriedad y profesionalismo por sobre todas las cosas, en mi caso soy muy consciente y bajo ninguna circunstancia me gusta presionar, cuando el tiempo se ha terminado basta con que me digan: <<en la siguiente esquina bajo>> entonces como ya dije, piso el freno, me orillo, prendo las intermitentes y espero pacientemente a que desciendan del vehículo, después me pongo en marcha nuevamente en busca de otro pasajero.



Eduardo Caballero

El espejo

Ramón Carmona Barrios

Te miras en el espejo. Estás de pie, como hace cinco años cuando dijiste que sí, parada en esa iglesia. Frente a Dios en la cruz. Viste fijamente a Jesús. Sentiste su dolor. Y le pediste no sufrir. No querías ser como Jesús. Si él había venido a sufrir por nosotros, entonces ya no tendrías dolores por sufrir. Si Jesús bajó y se sacrificó por nosotros, ¿*Por qué habrías de sufrir?* Pensabas. Pero ahora te miras en el espejo. Te sorprendiste saliendo del baño te quedaste viéndote fijamente.

Eres la misma mujer de siempre.

Una gota de agua, baja lentamente desde tu cabello. Te vuelves consciente de ella. Cierras los ojos. La sientes recorrer tu hombro derecho. Baja, lentamente por tu pecho. Cae al lugar donde debía estar el abdomen y encuentra tu sequía. Si fueras desierto ya se hubiera muerto, pero logra caer al pubis. Se pierde en tus vellos. Muere ahí, porque desde hace tres meses los has dejado crecer. Ya no los cortas porque sabes que a él no le gustan así.

Quizá, Dios está de vacaciones, piensas. Quizá sea eso, no encuentras otra forma de explicártelo. No entiendes por qué. Y ya ni siquiera pides entenderlo. Solo quieres acabar con todo, acabar con él, acabar con la vida de pareja, pero no puedes. Más bien, no te deja que lo termines. Dice que te ama. Dice que sin ti se morirá. Además, siempre te amenaza.

Sigues con los ojos cerrados y las imágenes llegan a ti como látigos. Te duelen. Te golpan. Te dejan llagas. Las imágenes te capturan: Te miras arrodillada. Y de pronto, en la mente lo miras frente a ti. Sus ojos están fuera de órbita. Te sorprende cómo pueden ser más grandes de lo normal. Ya no lo quieres mirar. Le dices que ya, que por favor, que todo está acabado que se vaya y te deje en paz. Te agarra de la cara. No mide su fuerza. Quizá ya nada de su mente esté cuerdo. Quizá su cordura ha salido con tanta saliva que ha escupido mientras habla. O quizá la cordura se le fue desde hace mucho y solo ahí al verte arrodillada es

que te diste cuenta. Te mira a la cara y te dice que eres de él. Que te ama. Que no va a dejarte. Te vuelve a tomar de la cara. La aprieta, cada vez más fuerte, le pides que te suelte, le dices que te está lastimando. Le dices eso, mientras te besa el cuello. No te besa. Solo succiona. Succiona porque ya no sabe besar. Su saliva te da asco. Te dan ganas de vomitar. Te dice que no. Que no vomites. *Suéltame, cabrón*. Te voltea. Te baja el pantalón. Para ser exactos, lo rompe y mira tus pantaletas. La mira y dice que te ama. Que mujer más hermosa que tú no hay. Te dice hermosa, mientras te “hace suya”. Está en ti, porque quiere, no porque tú quieras. Te dice hermosa. Sientes el fluido caliente en tus piernas. Lo sientes a él caer sobre ti.

Estás llorando.

Una lágrima resbala por tu cuerpo. Y ahí es que, queriendo perderte de estar ahí, sigues la vida de tu lágrima. Le sigues la ruta.

Abres los ojos y una lágrima cae. Estabas tan atenta al recuerdo que no te diste cuenta que ahora también llorabas. Te miras en el espejo. Y sin saber por qué, estás de rodillas. Te levantas. Y vuelves a mirar al espejo.

Han pasado tres meses, te dices. Miras en el espejo y lloras porque esa que ves, eres tú. Esa carne pegada a los huesos eres tú. Ese esqueleto que tienes de frente eres tú. Te miras y te sorprendes. Eso que está ahí, eres tú. Eres tú. Tardas en aceptarlo. Tardas en aceptar que ese cuerpo delgado, ojeroso, amarillo, con algunas manchas eres tú, dientes verdes, porque ya no los lavas. Quizá tengas anemia. No te preocupas. Antes de que él acabe contigo, quizá lo harás tú. Esperas que esto funcione. Esperas con toda la fe (aunque un poco rota) que esto sí funcione.

Te miras y eres tú. Esa mujer eres tú. Y aunque ya no eres la mujer hermosa con la que se casó. Y aunque ya no eres la mujer que pidió no ser como Jesús, ahora tus llagas de la memoria galopan en tus recuerdos y te duele.

Eres tú la que ves. La del espejo.

Te da miedo lo que eres.

Escuchas que abrirán la puerta. Corres. Corres a ponerte la pijama. Maldices haberte bañado.

No quieres que entre, pero entra.

No quieres que vaya a ti, pero va.

No quieres que se siente junto a ti, pero lo hace.

Frente a ti, te mira. No está tan borracho. Y con detenimiento te mira. Te dice que ya no eres la misma. Te quiere dar un beso. Te mira, te huele, te siente... Su deseo se desvanece. Quiere tocarte el sexo. Te descubre. Le das asco. Te dice que ya no eres la misma. Te dice que si se encuentra a alguien será tu culpa. Y tú, tú le dices que quieres que te haga el amor. No quiere. Se levanta. Dice que no llegará a dormir. Le dices que te tome y que haga de ti lo que quiera. Y por fin, no quiere. Se va.

Vas al espejo. Eres tú, pero por fin, ya no eres hermosa.



Eduardo Caballero

Juan Antonio Díaz Becerra nos sorprende de nuevo

María Elena Sarmiento

El personaje de la nueva novela del doctor Juan Antonio Díaz Becerra dice: “*La tinta de mi sangre se acaba. Sólo añadiré que no sé si soy un monstruo que soñó con ser normal o un ser normal que soñó con ser un monstruo*” y el lector lo acompaña en su reflexión interior. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿qué es un monstruo? ¿es un ser necesariamente perverso?

El bien y el mal ha sido temas controversiales en la Filosofía y retomados múltiples veces en la Literatura. Quizá definirlos haya sido uno de los motivos del inicio de las religiones.

Por lo general, el bien es representado como el orden total, el origen del universo, a partir del cual todo es creado. El mal es personificado como un daño, como algo ilícito, inmoral y erróneo. Nace del bien, ya que éste es su origen. Kant afirma que “el hombre es por malo por naturaleza”.

De esta forma, los escritores desde tiempos pasados se han creado brujas, diablos, demonios y miles más de seres amorfos y deshumanizados como representantes de la maldad. El monstruo es la encarnación del lado oscuro de lo humano, proyectado afuera en una zona segura donde puede ser temido y destruido fuera del sujeto. La mayoría de los monstruos en la Literatura siguen esta línea. Sin embargo, el verdadero monstruo habita en el interior.

La primera referencia de este tipo particular de monstruo es la novela *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Robert Louis Stevenson, publicado en 1886.

Ahora, por medio de un thriller psicológico y a través de la pluma de Juan Antonio, el binomio del bien/mal es traído a la contemporaneidad, a un espacio más local, más cercano a los lectores de este tiempo.

Esto nos lleva a reflexionar sobre la dicotomía de los problemas existenciales versus los placeres mundanos. ¿Qué tan válido es darle primacía a nuestros deseos más recónditos? ¿Es más importante ajustarnos a las normas sociales aun a pesar de reprimir en exceso nuestros impulsos?

En el desarrollo de los personajes de esta novela, el autor nos lleva a cuestionarnos la razón por la que los seres humanos escondemos nuestra pulsión de muerte lo mejor que podemos. ¿Será para no sentir culpa, vergüenza o miedo al castigo? Recordemos que éste puede ser desde el aislamiento social hasta la reclusión en una institución psiquiátrica.

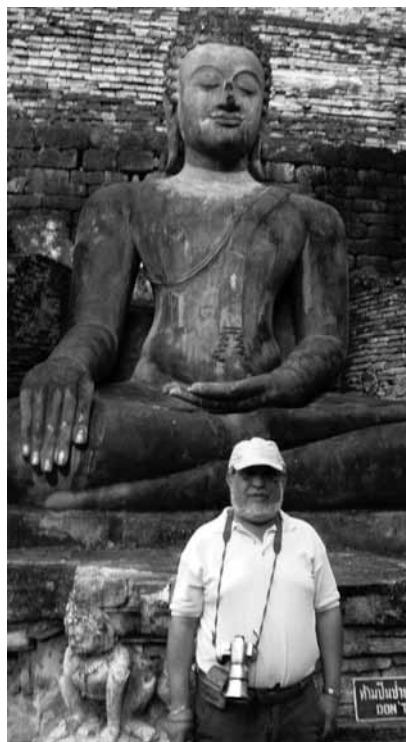
Sin embargo, quizá si aceptamos ese impulso de destrucción, si lo hacemos parte integral de nuestro mundo interior, tal vez no salga como un monstruo y así evitemos que se establezca un trastorno de la personalidad grave.

El autor nos presenta la vida dura de un periodista de nombre Noé Pérez, en apariencia mexicano y la de un asesino serial del cual no podemos establecer ni su identidad ni su ubicación geográfica pues no nos proporciona pistas para conseguirlo.

A través del contraste de sus historias, Juan Antonio Díaz Becerra nos va adentrando en un mundo en el que lo imaginario se va entrecruzando con lo real, y le sirve de marco para desarrollar sus ideas y reflexiones acerca del papel de la agresión, de los deseos inconscientes y del rol de la sociedad en esta área.

Al final, el lector se podrá preguntar: ¿con cuánta represión he vivido? ¿Qué tanto de esquizofrenia hay en mi interior?

Por último, no hay que olvidar que en la teoría de la locura de Winnicott los conceptos de cordura y locura no son compartimentos estáticos, sino más bien caminos de ida y vuelta, o mejor, viajeros en tránsito. Para este autor, “la locura está relacionada con la vida cotidiana”, de modo que concibe –sin nombrarlo así– una suerte de locura sana, sin desatender la locura patológica, técnicamente denominada psicosis.





Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Quintaesencia, Laura O_Dogherty Tabora

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.
Eloísa Valeria Martínez Carrillo

Cuarto de Guerra

Ángel Garay, Antonella Capacchione, Carlos Poo, Renée León,
Melanie Santillano, Ximena Basulto y Ximena Montaña

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veintinueve. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Diciembre 2020 / Enero 2021.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito



Ultimátum

Si el fruto de una higuera no madura instantáneamente o en una hora, ¿como espera que la mente humana dé frutos tan rápida y fácilmente?

Epicuro

Discursos I, 15.7–8



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para **NUNCA** dejarlos ir